

Latour, Bruno (1999/2001). *La esperanza de Pandora. Ensayos sobre la realidad de los estudios de la ciencia*. Barcelona: Gedisa. Recensión.

“Ahora nos enfrentamos a muchas metafísicas *prácticas* distintas, a muchas ontologías *prácticas* diferentes” (Pág. 344)

El francés Bruno Latour (1947 -) es profesor del Centre de sociologie de l'Innovation de l'Ecole nationale supérieure des mines de Paris. De formación académica en etnografía, se ha especializado en Sociología de la ciencia. Es uno de los autores más prolíficos y sus aportaciones conforman las bases de la llamada Sociología *simétrica* de la ciencia y la tecnología. Entre sus libros cabe destacar *La vie de laboratoire* (1979), *La science en action* (1987) y el que nos ocupa, además de diferentes artículos, dos de ellos –“La tecnología es la sociedad hecha para que dure” y “De la mediación técnica: filosofía, sociología, genealogía”- fueron compilados por Miquel Domènech y Francisco Javier Tirado en 1998 en el volumen *Sociología simétrica. Ensayos sobre ciencia, tecnología y sociedad* (Barcelona: Gedisa). Su obra más reciente es *Reassembling the Social, an Introduction to Actor Network Theory* (2005).

Al leer –y releer- *La esperanza de Pandora* uno tiene la clara impresión de estar ante un libro de Filosofía, más que de Sociología de la ciencia. He querido ilustrar esta impresión con la cita reproducida al principio. Efectivamente, Latour no deja de hablar en todo el libro de metafísica –lo que hay más allá de lo físico o natural- y de ontología –lo que es el *ser*-. Pero lo más interesante de la cita no es este ir y venir del *ser en sí* al más allá del *ser en sí*, sino la palabra *prácticas* con que adjetiva ambos constructos fundamentales de la Filosofía.

En mi opinión, la obra de Latour es eminentemente práctica. Es decir, obliga amablemente –a veces duramente- al lector a plantearse y re-planterase muchas de las convicciones que hasta la fecha tenía en relación con cuestiones de carácter práctico, o sea, tecnológico, ético, político.

La humanidad –desde que es humana y, por lo tanto, social y artefactual^[1]- es tecnológica y es científica. Todas las épocas históricas están altamente tecnificadas, desde la aparición de la primera tecnología humana: el lenguaje. Pero hay matices: las flechas del tiempo apuntan a dos cuestiones que problematizan mi afirmación: el número cada vez mayor de lo técnico y el acceso también cada vez mayor a lo tecnológico. La metafísica y la ontología ya no son instrumentos de reflexión y conocimiento científico, sino artefactos que facilitan la interacción entre lo humano y lo técnico.

La esperanza... es un libro denso, muy denso. Las ideas contenidas en él exceden notablemente los límites físicos del libro, sus 382 páginas; su portada y contraportada. La lectura, que no es especialmente fácil, se hace agradable por los muchos ejemplos que el autor usa para ilustrar sus afirmaciones y teorías. Desde un trabajo de campo –y después de laboratorio- en la selva amazónica a Pasteur y sus descubrimientos sobre el fermento del ácido láctico. Desde la mitología de Dédalo a Sócrates y Calicles. Digamos que estas ilustraciones hacen sentirse cómodo al lector, pues son referentes propios de la cultura occidental que sustentan un discurso al que se precisa dedicar una

^[1] Pido disculpas por el barbarismo. *Artefactual* hace referencia a algo absolutamente inherente a lo social –y a lo humano- la interacción con artefactos.

intensa atención y concentración intelectual y reflexiva, a riesgo de verse disperso entre las muchas, interesantes y novedosas ideas que el francés propone.

Hace tiempo que las ciencias sociales –y especialmente la Sociología de la ciencia- parecen enfrentarse a las naturales en su epistemología y en sus métodos. Los intentos de Èmile Durkheim por aplicar las metodologías de las últimas a las primeras –muy matizados poco después por Max Weber- parecen no sólo haber fracasado, sino que llegan a hacer dudar de que lo natural sea objetivable, como parecía serlo desde los tiempos de la Ilustración. La cuestión fundamental es la duda sobre la *realidad de la realidad*. Resulta llamativo que esa duda sobre la realidad racional, empírica y positivista –objetivable- que se construyó durante la época de la Razón surja, precisamente, del intento de racionalizar y positivizar las ciencias sociales, hasta hace algo más de un siglo diluidas en el amplio mundo de lo filosófico, entendido antes como lo puramente especulativo.

El acercamiento científico –no especulativo; tampoco dependiente de fe o creencia- a los hechos sociales se presenta enormemente dificultoso, a pesar de las excelentes intenciones de Durkheim, por las características probablemente irracionales de los propios hechos, características sobre las que alertó Weber. Y esa dificultad es la que ha dejado al descubierto que la ciencia positivista es una creación humana; y por tanto, problemática *en sí*, si se me permite esta última expresión.

Latour no duda de la existencia de la realidad, ni cree que la ciencia no sea objetiva, racional y positiva. Lo que saca a relucir es que ni la realidad ni la ciencia son trascendentes e inmanentes, sino más bien al contrario, contingentes y cambiantes. Desde el mismo momento en que el sociólogo se ocupa de investigar la ciencia desde la óptica de su disciplina es porque cree en la objetividad, en la, digamos, realidad de la misma, a pesar de su historicidad. Lo real queda configurado por cuatro aspectos que están presentes a lo largo de toda la obra: epistemología, moral, política y psicología, tal y como explica el autor en el primer –e introductorio- capítulo del libro –“¿Cree usted en la realidad? Noticias desde las trincheras de las guerras de la ciencia.”-.

Para atender a estos cuatro aspectos, el sociólogo recomienda aminorar el paso. Atender más que a los hechos, a las relaciones entre ellos y a las transformaciones que se dan en lo que propone llamar *referencia circulante*. El segundo capítulo –“La referencia circulante. Muestreo de tierra en la selva amazónica”- es una apasionante etnografía de primera mano sobre cómo los científicos naturales “coleccionan, desparraman, seleccionan, descubren y construyen conocimiento” en torno al ejemplo práctico de una investigación en la selva amazónica.

El sociólogo/etnógrafo francés parece derivar hacia los supuestos del constructivismo social de la ciencia, según el cual ninguna realidad es objetiva, sino socialmente construida en la interacción entre los propios científicos. De este modo, la ciencia –con cada transformación: de la selva al laboratorio; de la recolección de datos a sus clasificación e interpretación- se aleja cada vez más del entendimiento, en tanto este se obtiene mediante el acceso a la información obtenida del laboratorio y los datos, no de la propia selva o de los propios datos. El científico, al final de su investigación, recolección y clasificación, genera *cuatro papeles* conteniendo un informe académico, informe que no acerca el mundo de lo real, sino que más bien lo aleja, sustituyéndolo, convirtiéndolo en *signo*.

La cuestión es que cada intervención sobre el mundo natural lo transforma, lo construye, lo habilita y rehabilita para que pueda ser comprendido en base a unos parámetros académicos que no forman parte del propio mundo; que lo desnaturalizan.

El ejercicio de comprensión del sociólogo de la ciencia no es, entonces, entender la ciencia en sí, sino la red de conexiones -“El flujo sanguíneo de la ciencia. Un ejemplo tomado de la inteligencia científica de Joliot”; capítulo 3- que permite presentar unos papeles –signos, símbolos- como si fueran la realidad, en sustitución de aquélla.

Es en este flujo, en esta red donde hace su aparición una de las ideas fundamentales de Latour y, en general, de la Sociología simétrica: la inclusión de los no humanos en el discurso científico. Idea que aleja la línea de reflexión del pensamiento constructivista. La construcción es sólo una parte del asunto, no todo el asunto. Los humanos y los objetos (los no humanos) están sujetos a una alianza permanente que subvierte, que va –*quasi* metafísicamente- más allá de lo tangiblemente social. Esta sujeción, esta relación íntima es lo que constituye el núcleo de toda la interacción social. Sin ella lo social –ni lo científico, ni lo real- tiene sentido. Tampoco lo material.

La palabra “construcción” en sí parece opuesta a la realidad y a la verdad. Y no tiene por qué ser así. Que algo sea construido – y disponga del núcleo referenciado- no quiere decir que no exista, que sea irreal, ni siquiera que no sea verdad. La cuestión es que – capítulo 4; “De la fabricación a la realidad. Pasteur y su fermento del ácido láctico”- para entender tanto la realidad como el quehacer científico es preciso atender a la *pista de las transformaciones* que se da en el proceso de producción de conocimiento, proceso en el que siempre surge algo nuevo, que supera a la propia actividad científica.

Esa construcción, esa producción, responde al deseo de disponer cada vez de más realidad, de más ciencia, en lugar de la fe y la creencia. Hechos y productores se fusionan en el concepto de *actante*, en el que se difuminan, también, la identidad del sujeto y la del objeto.

Las cosas –y los actantes- tienen historia –capítulo 5; “La historicidad de las cosas. ¿Dónde estaban los microbios antes de Pasteur?”-, que es conocida y reconocida cuando hacen su aparición como proposiciones en los procesos de referencias circulantes, y se institucionalizan. La causalidad de las cosas, de los hechos, de las representaciones y explicaciones es posterior a ellas mismas. No hay un *antes de*; sino sólo un *después*. En el proceso de construcción y comprensión se formaliza también el de causalidad y se construye su ontología, envuelta en y dependiente del tiempo y el espacio.

Pero las flechas del tiempo y el espacio –que no son unidireccionales ni lineales; pero sí acumulativas, o, mejor, multiplicativas- amplían el número de actantes y el de referencias circulantes. Cada vez hay más de todo. Más humanos y no humanos; y más interacciones. La multiplicación de todo ello hace que cada vez, también, haya más realidad. La lógica de Latour se hace ahora aplastante: si echamos un poco la vista atrás en la línea del tiempo/espacio –o sea, de la historia-, efectivamente, cada vez hay más realidad; menos creencia. Realidad institucionalizada prácticamente en torno a una sustancia –el núcleo de la interacción- que mantiene unidos todos los dispositivos

funcionales de los entes que la conforman. Entes que, ahora sí^{2[2]}, -capítulo 6; “Un colectivo de humanos y no humanos. Un recorrido por el laberinto de Dédalo”- se nos presentan como mediadores tecnocientíficos indisolubles. La ciencia no es un medio de conocimiento, sino de acción. Se convierte en tecnociencia, sustancia compuesta por humanos y no humanos alrededor de un mismo núcleo que, recordemos, supera lo social. Y media los significados de las cosas. Aparece aquí otra de las propuestas clave de Latour y la Sociología simétrica: el objeto sustituye al actor creando una asimetría entre los creadores del mismo y sus usuarios. Todos, objetos, creadores y usuarios, somos actantes, presentes y ausentes al mismo tiempo. Ninguno estamos ya solos. La asimetría es circunstancial y se va equilibrando en el propio proceso circulante. Lo social no es sólo social –simbólico- porque es material. Y lo material no es sólo natural porque se ha hecho simbólico –social-.

Ahora bien, antes de la aparición de los actantes –y después de la desaparición de los pre humanos-, ¿cuál es el papel que los humanos han tenido en todos estos procesos? Latour, partiendo del diálogo del Gorgias de Platón entre Sócrates y Calicles –“La invención de las guerras de la ciencia. El pacto de Sócrates y Calicles”-; capítulo 7- pone al descubierto el antiguo proceso de dominación de las masas a través del Derecho y el Poder, dos caras de la misma moneda, cuyo único objetivo es el silenciamiento del ágora –el espacio natural de intercambio comunicativo en la antigua Grecia- mediante la construcción e imposición de una ley natural de orden superior a lo humano y, por tanto, inhumana. También transhumana.

Derecho y Poder, Democracia y Ciencia se inhumanizan –y se politizan- porque la masa está compuesta por demasiados miembros cuya voz es imposible de reconocer individualmente. Para evitar el barullo, el ruido vociferante del ágora, Calicles y Sócrates inventan la Verdad, que supera al Poder. Este es contingente; aquélla trascendente. Pero además, el Poder se encarna en un solo hombre que se enfrenta a las masas. La Verdad no se encarna; es Verdad por sí misma, por su propia inhumanidad. Calicles y Sócrates, Derecho y Poder, Democracia y Ciencia tienen el mismo objetivo: silenciar el ágora, el *demos*. Sus únicas diferencias radican en buscar cuál es la forma más rápida de hacerlo. Y parece que se impone la que ha demostrado ser la más eficaz de las formas tecnológicas –todas lo son- del lenguaje: la retórica, la persuasión gradual de lo científico hecho político. Es decir de lo privado hecho público. Lo privado entre las cuatro paredes del laboratorio y el teclado del ordenador que construye la realidad de los cuatro papeles del informe científico se dota de moral y se transforma en lo político.

Latour hace ahora una especie de ensayo de arqueología-ficción –capítulo 8; “Una política liberada de la ciencia. El cuerpo cosmopolítico”- y propone dos acepciones de la ciencia. a) La Ciencia 1, como transmisión de la información y la Verdad; y b) la ciencia 2, abierta a la colectivización, permitiendo la complejidad y riqueza de la asociación entre humanos y no humanos que reconstruyen juntos –ya son lo mismo- el caos de lo político, de la realidad. Y apuesta por el futuro de la segunda.

Humanos y no humanos en acción son hechos y fetiches artificialmente desunidos que vuelven a ser lo mismo en un constructo que, de nuevo, multiplica, más que sumar: el factiche –“La leve sorpresa de la acción. Hechos, fetiches y tactiches”-; capítulo 9-. La teoría y la praxis desaparecen no porque no existan, sino porque son lo mismo. La teoría

^{2[2]} Hasta ahora era posible pensar la tecnología como algo derivado de la ciencia.

es lo mental; el fetiche vacío que el humano llena con símbolos cuyo significado se comparte socialmente. La praxis es el mundo físico de la realidad, la certeza empírica absoluta. El francés los reunifica en una afirmación digna de la mejor teoría psicológica contemporánea: no hay una línea divisoria entre el mundo físico “fuera” y el mental “dentro”. Ambos son lo mismo. Sujeto y objeto han desaparecido porque se han reunificado.

La conclusión del libro es una pregunta: “¿Qué artificio conseguirá liberar la esperanza de Pandora?”. Pregunta a la que Latour propone algunos deseos para el futuro, más que respuestas inmediatas. Por un lado, la ya citada desaparición de la dicotomía entre sujeto y objeto, pues somos lo mismo. Por otro la lógica.

Si he empezado esta reseña diciendo que *La esperanza...* es un libro de Filosofía porque la metafísica y la ontología están siempre presentes, faltaba hacer evidente que una de las armas fundamentales de la disciplina, la lógica, también se constituye en base de los razonamientos de Latour. Efectivamente, metafísica y ontología –qué es el objeto y qué es el sujeto, si se me permite definir las así- se entrelazan en la clara referencia circulante de la lógica. A pesar de su densidad, a pesar de la enorme cantidad de ideas contenidas en el libro, de la dificultad a veces de su comprensión, no hay ni una sola página que no contenga una lógica *quasi* irrefutable. Lógica que se aleja seguramente del pensamiento deductivo característico del mundo occidental y más propio de una nueva forma de inducción intelectual y práctica que permite aceptar muy bien asuntos que son cada vez más del todo evidentes: ellos –los objetos, las cosas, las máquinas y los artefactos- somos nosotros.

“Cuando decimos que no existe mundo exterior, no significa que neguemos su existencia, sino, al contrario, que nos negamos a concederle una existencia no histórica, aislada, inhumana, fría y objetiva que se le adjudicó con el *único* fin de combatir a la multitud” (Pág. 28. *Cursivas en el original*)

Josep Seguí
València, 14/11/2005
